

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XX

Junio de 1943

Núm 216

Puntos de vista

Indiferentismo

*N*O hace mucho se efectuó una reunión de hombres intelectuales, preparada por el Rector de la Universidad de Chile con el objeto de echar las bases de lo que podría llamarse un Instituto de altos estudios. La primera reunión, como siempre acontece, obtuvo éxito indudable, si nos atenemos al número de asistentes. Se pronunciaron discursos y se trazaron programas. Pero aquellos señores no han vuelto a ser convocados ni sabemos qué suerte haya corrido la idea primitiva. Como muchas de las reuniones parecidas que se efectúan en nuestra capital, ésta parece sólo haber quedado en el acto inicial. Y es sensible.

Nosotros estimamos, sin embargo, que las causas del receso son más hondas. No hay gusto entre nosotros por el manejo de las ideas ni prosperan las asociaciones de carácter eminentemente intelectual. Las que existen llevan vida lánguida y difícil y sólo se mueven o actúan por el entusiasmo de algunos de los hombres que las integran y que sobrellevando sacrificios y quebrantos las mantienen, no obstante, en vigencia.

Si se observa el panorama nacional, fácilmente se advierte un descenso de la cultura. Podríamos afirmar que no existe inquietud alguna que haga suponer que hay un marcado interés por la vida espiritual. No se diga que el pesimismo nos hace ver con tintes desfavorables nuestro ambiente. El pesimismo no es en este caso ni una postura ni un propósito. Estamos haciendo notar un fenómeno que cualquiera puede señalar o descubrir a poco que ahonde en la

corteza de la vida ambiente. Todos los esfuerzos que no están taxativamente señalados en el hecho material encuentran los oídos cerrados a todo estímulo. Sólo adquiere una vida agitada y hasta turbulenta, el acto político o el acto material, Sólo conmueve la epidermis el sensualismo de las sensaciones.

Y nada más. Como si estuviéramos en trance de ser los actores o espectadores de sucesos catastróficos, nos hemos entregado sin medida y sin control al dios azar. El dios azar regula los pasos, mantiene la línea externa de la conducta y acelera o detiene el ritmo de la existencia. Por estas razones, todo lo que tenga atingencia con el intelecto en su acepción más pura o con la vida espiritual, es apenas considerado o apenas tenido en cuenta.

El descenso de la cultura a que nos referimos antes, puede comprobarse no sólo en la carencia de esos institutos a cuya fundación aspira con ejemplar nobleza el Rector de la Universidad de Chile, sino en el lenguaje y en la conducta de todos en la calle. Ponemos la calle, porque es allí en donde con más intensidad se puede ver todo el espesor de esta decadencia espiritual. Los sitios de reuniones no existen sino para los actos materiaies. Las academias literarias desaparecieron. Las academias de estudios filosóficos no se conocen. Si hay núcleos aislados de personas que de vez en cuando asisten a algunas reuniones de tal naturaleza, ellos no constituyen sino la excepción. En cambio tienen gran acogida los sitios de placer. En nuestra capital se abren restoranes, cabarets, bares, pero no se fundan academias. No decimos que el país o la capital deba estar lleno de academias o de institutos. Pero en proporción a la cantidad exorbitante de otros lugares de reunión, deberían existir algunos de estos centros intelectuales, siquiera para elevar un poco el nivel medio de nuestra cultura.

Si se nos acusa de pesimistas, podremos decir o pedir que se nos diga cuáles son esos centros de cultura que funcionan en medio de la vorágine actual del materialismo, y qué problemas y qué inquietudes han abordado de acuerdo con la terrible soledad espiritual en que viven todos en estos momentos. Podemos así mismo afir-

mar que el lenguaje hablado en la calle sobrepasa toda medida de delicadeza. No seremos desmentidos. Basta escuchar lo que se habla para tener una idea exacta de la vulgaridad aplastante que nos invade. La vulgaridad llena el ámbito de nuestra vida sin que hagamos nada por desterrarla o detenerla. Véanse los espectáculos teatrales escasos de que podemos disfrutar y se comprenderá que cuanto decimos no es obra del pesimismo sino de la realidad. Una sala de comedias nacionales es algo que está fuera de toda decencia, y no porque se trate de pornografía o de sicalipsis, sino porque todo está sacrificado al éxito inmediato, al chiste grueso, a la situación cómica traída exprofeso para calmar la impaciencia de los públicos que sólo piden escenas superficiales, de un gusto pésimo, para reír a carcajadas.

Si a esos públicos se les presentara una comedia fina, delicada de análisis psicológico, con diálogos brillantes y con situaciones teatrales distintas de las que son habituales, saldrían malhumorados o aburridos, o protestando, o en última instancia dejarían vacía la sala y la compañía debería cerrar la temporada,

Lo que ha contribuído al descenso es, sin duda, la vulgaridad en que se debate la política. Desde hace varios lustros, nuestro país está sufriendo el desgaste ocasionado por la improvisación política, por la batalla sin altura, por el encono de las luchas, llevadas a sus más extremas consecuencias. El hecho de que elementos apenas preparados para la batalla actúen en sitios elevados, y los mejores estén supeditados al número, ha hecho germinar el descontento o la irritación y el indiferentismo. Lo que caracteriza este instante es, precisamente, el peor de los males: la indiferencia. Todos pasan de largo y todos hacen gestos indefinibles. Y nadie, en verdad, quiere participar en nada a fin de elevar el tono y el decoro de la vida.